

rico : con que gusto daría yo tantas riquezas que me sobran, por un poco de gloria literaria que me falta.

No pudiendo contenerse á esto el filósofo de la peluca, dió un espantoso grito sin cuidarse de si le oían ó no, y dixo: mal haya tu descuido, ¿por qué no vas volando en busca del otro que se muere de hambre, y le compras alguno de sus muchos manuscritos? Pero como aquel ricazo carecia de su trompetilla, se llevó el viento tan saludables consejos.

¿Á qué gritar, le dixo Astarot, si nadie te escucha ni entiende, ni ellos mismos se entienden unos á otros? Claro está que siguiendo tus consejos, el uno alcanzaria suma fama, y el otro grandes riquezas, quedando ámbos contentísimos.

En seguida á esto le hizo ver otras muchas cosas no menos curiosas y originales. Aquí un hombre muy acaudalado que tenia buena mesa, y gusto de que la disfrutasen las gentes, el qual se andaba por Puerta de Sol y Prado á caza de conocidos, algunos de ellos de ayer acá, que engullesen á su costa, y alabasen su cocinero y repostero; y al mismo tiempo vió ácia el Chamberí á otro hombre flaco y triston, y esto nada mas que por no tener que comer, ni quien á ello le convidase.

En otra parte se desesperaba un hombre de negocios al ver próxima una bancarrota, que á él y á su familia, y á otras muchas reduciría á la miseria por no poder hallar quien le prestase una cantidad suficiente para salir de sus aho-

gos, teniendo luego sobrado con que pagar; y al mismo tiempo un hombre que acababa de tener una riquísima herencia, y que nada entendia de comercio, se quejaba de no hallar una persona inteligente y fiel á quien confiar su caudal para que le produxese una ganancia razonable y segura; y esto por *no entenderse*.

Bueno va todo, dixo Don Lesmes dexando el anteojito y la trompetilla, pero querria saber; á que viene á reducirse esto, y que fin os proponéis en hacerme ver cosas tan opuestas y encontradas?

Mi intencion es, replicó Astarot, el demostraros que los hombres tienen en sí con que pasar una vida arreglada y feliz, y que si no lo logran, ellos se tienen la culpa.

Es cierto, dixo Don Lesmes, y solo añadiré una palabra por mi parte, y es que bien entendiendo que los hombres tienen en sí con que ser felices; pero los mas creo no adelanten mucho con esto hasta tanto que lleguen á tener este anteojito para verse, y esta trompetilla para entenderse unos á otros; y así lo mejor será que cada uno procure contentarse con su suerte, y yo me dexe de filosóficas meditaciones: á esto iba á parar yo, dixo Astarot, y se acabó el cuento.

ANECDOTA.

Habiendo vuelto Augusto á Roma despues de la batalla de *Accio*, le presentó un artesano un cuervo, al que habia enseñado á decir: *Salúdote César vencedor*. Agradóle á Augusto la ocurrencia, y dió 60 ducados por el cuervo: poco despues le presentaron un papagayo que decia lo mismo, y tambien lo pagó muy caro, é hizo lo mismo con una cotorra. Por último queriendo un pobre zapatero enseñar á otro cuervo, le costó mucho trabajo, de modo que se desesperaba y decia: *perderé mi tiempo y mi trabajo*; pero al fin lo hubo de lograr, y al instante fué á presentar el cuervo al Emperador, delante del qual repitió muy bien su leccion; pero Augusto se contentó con decir al zapatero que aquella habilidad era ya comun en su palacio: viniéndosele entonces á la memoria al cuervo lo que tantas veces habia oido decir á su amo, lo repitió: *he perdido mi tiempo y mi trabajo*, lo que hizo reir á Augusto, quien compró este páxaro mas caro que los demas.



BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

LETRILLA. — POESÍA.*La mudanza.*

Frente de mí que sentado
á orillas del Dáuro estaba,
mi cruel pastora jugaba
con su palomillo amado;

Y por matarme la impía,
quando la miraba atento,
besaba al ave de intento;
y yo callaba y gemia.

Ella esforzando su juego
estrechándole consigo,
le daba en su boca trigo,
que él picaba con sosiego;

Y continuo repetia:
tú solo, tú eres mi amado,
tú mi amor, mi enamorado;
y yo callaba y gemia.

Mas descuidándose un tanto,
las manos afloxó bellas,
y huyendo el páxaro de ellas,
del bosque voló al encanto;

Y con mortal agonía,
viendo al ave que la dexa,
con ayes el Dáuro aqueja;
y yo callaba y reia.

Ya mesándose el cabello
sin seso el prado cruzaba;
ya quieta y triste lloraba
inclinado el blanco cuello;

Y sin cesar repetia:
¡pérfido! ¡qual me has pagado!
¡qual mi cariño has burlado!
y yo callaba y reia.

Y viendo que su tristura
regocijaba mi pecho,
se iba á ausentar con despecho;
mas yo al paso, con presura

Saliendo, quando partia,
díxela: tente pastora;
tente, y escúchame agora;
y ella callaba y gemia.

Yo la dixe: si así oprime
tu alma, el pago fiero y crudo
de ese ave infiel, ¿qué ya pudo
quedar al que por tí gime?

¿Que hará aquel que noche y dia
ve en tí mas grave fiereza
quanta mas es su terneza?
y ella callaba y gemia.

Vuelve pues, zagala, vuelve,
y advirtiéndole quanto ostiga
la ingratitud enemiga,
mi bien ó mi mal resuelve.

Oyóme, y con alegría
sus brazos luego me echando,
y en mi seno descansando
solo callaba y reia.

Y su lengua al fin moviendo
díxome : Zagal venciste;
mi dureza reduxiste
á mi razon convenciendo.

Yo , bien tanto no creia,
y de mi dicha dudando,
que se burlaba juzgando,
ó bien lloraba , ó reia.

Mas cierta ya mi ventura,
mi boca á su pecho unida
empezó á sentir mi vida
el precio de su ternura.

Y el bosque entonces á porfia
penetrando yo empeñoso,
cogila el palomo hermoso
autor de la dicha mia.

Maron.

ANACREONTICAS.

Perdona heroyca Clio,
no es hora tu asistencia
la que mi amante pecho
para cantar desea;
otros tal vez te invocan,
préstales tu influencia,
que yo al amor en tanto
con repetida ofrenda
llamaré á que me aliente,
pues es quien mi alma llena;

que para los loores
de mi muchacha bella,
él solo tiene fuego;
y suceder pudiera
que tú, acaso envidiosa
de sus gracias sin cuenta,
mi débil fantasía
movieses con tibieza,
y corto me quedase
en celebrar sus prendas.
Perdona pues, perdona,
y de esto no te ofendas,
que quien ama, de amores
al Dios solo venera.

OTRA.

Si quando mi querida
en risa deliciosa
desplega sus dos labios
por do el amor se asoma,
presentes estuvieran
las hermosuras todas
que celebró la Grecia,
que admiró la gran Roma,
por bellas, por amables,
por tiernas y por Diosas,
al punto avergonzadas
huyeran, que una sola
gracia inocente suya,
cubre de negras sombras
las mas sobresalientes
que el mundo admira y toca.

OTRA.

Pues quereis que os retrate,
 ó amigos, mi muchacha,
 escuchad que ya empiezo:
 pero ¡ay! que se embaraza
 mi lengua en el tumulto
 de sus inmensas gracias,
 y no sé por do empieza
 pues que todas me encantan.
 Mas ¿cómo podré acaso
 pintar con eficacia
 sus gratas perfecciones
 que deleitan mi alma,
 ni qué á vos interesa
 mi copia tosca y basta?
 Venid, venid mas presto
 mis dulces camaradas,
 á hacer quanto se puede,
 que es verla y admirarla.

*Se abre la subscripcion al Trimestre segundo,
 ó sea primero de 1806, lo que se previene á los
 Subscriptores para que acudiendo á renovarla no
 experimenten atraso en el recibo de sus Quadernos.
 Se subscribe pagando 26 reales por trimestre, 52 por
 medio año, y 104 por año en Madrid en la li-
 brería de Ramos Carrera de San Gerónimo, y en
 las Provincias en casa de los principales Libreros.*